

agua sobre la cabeza, y el padre y la madre traba-
 ran el ojo de las mozas, en aquellas hermosas se-
 las de noche, de mil colores, cuyos hilos eran de un
 árbol y que se ven andando a su sombra. La Pa-
 lencia la trajeron la Señora, la cruz, la pre-
 sen- tan al viajero para sacarse de vida, de vida y
 de paz que las felices de las montañas del Liba-
 no, donde nos espera una encantada, una que
 tribu bárbara.

He hallado mi mujer y a mi hijo en buena
 salud, y ocupadas en adorar y armonizar nuestra
 residencia de invierno. He pasado algunos días
 con ellas antes de salir para la Palestina y el
 Egipto. El padre, el hijo y el hermano me
 desearon en Hama, y me despedieron con
 y para el punto de partida a las tardes, no
 hay ninguna impedida en cuanto a la guardia y
 tranquilidad de este país, y en un punto
 bado por lo que nos amo en este mundo. El
 nuevos amigos de Hama, los señores Hama, Jore-
 lle, Taren, Lantella, Abad, provenen en mi an-
 senda, a cuanto pueda ocurrir. Voy a organizar
 definitivamente el viaje, y me pondré en ca-
 mino, según la primera parte del color de
 treinta y ocho días, ahora en la costa de Siria.

una una débil atascada de agua, y algunos
 pescadores con sus hijos, nacidos en el agua hasta
 el cuello, empujan al mar una barca en redonda
 en la vela, y en la vela de esta se-
 gunda vela de los mares. Se Saide nos a guisa de

VIAGE DE BERUT,
ATRAVESANDO LA SIRIA Y LA PALESTINA,
A JERUSALEN.

8 de Octubre, 1832, á las tres de la tarde.

Me pongo en camino con diez y ocho caballos de
 comitiva ó de bagages, que forman la caravana.—
 Hacemos noche en el kan, á tres horas de Berut, si-
 guiendo el mismo camino ya descrito para ir á vi-
 sitar á lady Stanhope.— Al día siguiente salimos á
 las tres de la madrugada, atravesamos á las cinco
 el rio Tamur, el antiguo Tamyris; sus márgenes
 están cubiertas de adelfas en flor.—Seguimos la
 orilla del mar, cuyas olas lavan con su espuma los
 cascos de nuestros caballos, hasta Saide, la antigua
 Sidon, hermosa sombra todavía de la ciudad des-
 truida, de la que ha perdido hasta el nombre:—
 Ninguna reliquia conserva de su pasada grandeza.
 Un espolon circular, formado con enormes peñas,

ciñe una dársena atascada de arena, y algunos pescadores con sus hijos, metidos en el agua hasta el muslo, empujan al mar una barca sin arboladura ni velámen, única imágen marítima de esta segunda reina de los mares. En Saide nos apeamos en el kan francés, inmenso palacio de nuestro antiguo comercio en Siria, donde nuestros cónsules reunian á todos los nacionales bajo el pabellon de Francia. Ya no hay aquí comercio, ni franceses; solo queda en Saide, en el inmenso kan desierto, un antiguo y respetable agente de Francia, M. Giraudin, que le habita hace cincuenta años, en medio de su fama enteramente oriental, y que nos recibe como se recibe á un viajero compatriota, en el pais donde se ha conservado en toda su primitiva pureza la antigua hospitalidad:—comemos y dormimos algunas horas con esta escelente familia:—dulzuras de la hospitalidad recibida así, inesperada y prodigada;—los hijos de la casa nos presentan el aguamanil:—la madre y las mugeres de los dos hijos en pié, se ocupan en el servicio de la mesa.—A las cuatro, montamos á caballo, escoltados por los hijos y los amigos de la familia Giraudin.—Carreras de djerid, ejecutadas por uno de ellos, montado en un soberbio caballo árabe. A dos horas de Saide, nos despedimos y les damos las gracias por sus bondades.—Caminamos todavía dos horas, y dormimos bajo nuestras tiendas, junto á una hermosa fuente en la orilla del mar, llamada el

Kantara,—un árbol gigantesco da sombra á toda la caravana.—Jardin delicioso que baja hasta las olas del mar. Una inmensa caravana de camellos sesteá al rededor nuestro en el mismo campo.

Pasamos la noche bajo la tienda:—relinchos de los caballos, gritos de los camellos, humo de las hogueras, resplandor trasparente de la lámpara al trasluz de la listada lona del pabellon.—Pensamientos de la vida tranquila, del hogar, de la familia, de los amigos ausentes que se agolpan en la imaginacion, miéntras reclino mi pesada y abrasada frente en la silla de montar que me sirve de almohada.—Por la mañana, miéntras las mukres y los esclavos ensillan los caballos, dos ó tres árabes arrancan las estacas de la tienda: sacuden la estaca que sirve de columna; cae, y las anchas y tendidas lonas, que cubrian a toda una familia de viajeros, resbalan y caen tambien al suelo formando un lio de lienzo que un camellero coge debajo del brazo y suspende del albardon de su macho; no queda en el sitio vacío donde estaba uno establecido un momento ántes, como en una morada permanente, mas que una hoguera abandonada que humea todavía y pronto y se apaga al sol; verdadera, solemne y viva imágen de la vida, empleada muchas veces en la Biblia, y que me ha hecho grande impresion siempre que se ha ofrecido á mi vista.

Salimos de Kantara ántes de amanecer.—Subimos algunos cerros áridos y pedregosos que se internan formando promontorios en el mar: luego, desde lo alto del último y del mas elevado de aquellos cerros se me aparece Tiro, al cabo de su vasta y estéril colina.—Entre el mar y las últimas alturas del Líbano que van aquí declinando rápidamente, se tiende una llanura de sobre ocho leguas de longitud sobre una ó dos de anchura; la llanura, de color amarilla, está pelada, cubierta de arbustos espinosos, que pacen al paso los camellos de las caravanas. Esta llanura lanza dentro del mar una península avanzada, separada del continente por una calzada cubierta de una arena dorada, traída por los vientos de Egipto. Tiro, hoy llamada Sour por los árabes, se halla en la estremidad mas aguda de este promontorio, y parece que sale del seno de las olas;—de léjos, todavía se la tomaria por una ciudad hermosa, nueva, blanca y viva, mirándose en el mar;—pero no es mas que una bella sombra que se desvanece cuando uno se acerca.—Algunos centenares de casas ruinosas y casi desiertas, donde los árabes reúnen por la noche los grandes rebaños de carneros y de cabras negras, notables por sus largas orejas pendientes, que desfilan delante de nosotros en el llano: he aquí la Tiro de hoy! Ya no tiene puerto sobre el mar, ni caminos sobre la tier-

ra:—hace mucho tiempo que las profecías se han cumplido para ella.

Caminábamos en silencio, ocupados en contemplar aquel luto y aquel polvo de un imperio que íbamos pisando.—Seguíamos un sendero en medio de la campiña de Tiro, entre la ciudad y las grises y peladas colinas con que remata el Líbano a la vera de esta llanura. Llegábamos a la altura misma de la ciudad, y tocábamos un monton de arena que parece hoy ser su único antemural entre tanto que la sepulte. Iba yo pensando en las profecías, y buscaba en mi memoria algunas de las elocuentes amenazas que el espíritu divino inspiró á Ezequiel, y no hallaba en palabras, pero sí en la miserable realidad que tenia a la vista. Algunos versos míos escritos al salir de Francia para visitar el Oriente, se agolpaban solo a mi memoria.

No he oido resonar bajo los cedros
La voz de las naciones; sobre Tiro
No he visto desprenderse en raudo giro,
De Dios á la suprema intimacion,
Las proféticas águilas del Líbano!
Donde Palmira fué no he reclinado
Mi sien; bajo mi pié no ha resonado
El imperio vacío de Memnon.

Tenia delante de mí el negro Líbano; pero la imaginacion me ha engañado, me decia yo a mí

mismo; no veo ni las águilas, ni los buitres que debían, para que se cumpliesen las profecías, bajar sin cesar de las montañas para devorar siempre ese cadáver de ciudad maldita de Dios y enemiga de su pueblo. En el momento en que estaba haciendo esta reflexión, un bulto negro, singular, inmóvil, apareció a nuestra izquierda, en la cima de un peñon perpendicular que avanza por aquel sitio en la llanura hasta sobre el camino de las caravanas.

Mirado con atención, aquel bulto parecía un conjunto de cinco estatuas negras de piedra, colocadas sobre el peñon como sobre un pedestal; pero en vista de algunos movimientos casi insensibles de aquellas figuras colosales, creímos, al acercarnos, que eran cinco árabes beduinos, vestidos con sus sacos de pelo de cabra negra, que nos miraban pasar desde aquella altura: en fin, cuando no estuvimos mas que a unos cincuenta pasos del peñon, vimos a una de aquellas figuras abrir dos anchas alas y sacudirlas, contra sus costados con un ruido semejante al de una vela que se despliega al viento, y reconocimos cinco águilas de las mas grandes que he visto nunca en los Alpes ó en nuestras casas de fieras.

No echaron á volar, no se conmovieron al acercarnos; posadas, como reinas de aquel desierto, en las orillas del peñon, miraban a Tiro como una ra-

lea que les pertenecía y a la que iban a volver: parecía que la poseían por derecho divino, — instrumentos de una órden que ejecutaban, de una venganza profética que tenían mision de cumplir sobre los hombres y a pesar de los hombres. No podia yo cansarme de contemplar aquella profecía, en accion, aquel maravilloso cumplimiento de las amenazas divinas de que nos hacia ser testigos la casualidad. Nunca cosa alguna mas sobrenatural habia herido mis ojos y mi mente, y me era preciso un esfuerzo de mi razon para no ver, detras de las cinco gigantescas águilas, la grande y terrible figura del poeta de las venganzas, de Ezequiel, alzándose por cima de ellas y señalándoles con los ojos y con el dedo la ciudad que Dios les daba para pasto, miéntras que el viento de la cólera divina agitaba su blanca barba y brillaba el fuego de la cólera celeste en sus ojos de profeta. Parámonos a cuarenta pasos; las águilas no hicieron mas que volver desdeñosamente la cabeza para mirarnos tambien; en fin, dos de los nuestros se destacaron de la caravana y corrieron a galope, con las escopetas en la mano, hasta el mismo pié de la peña: todavía no huyeron. — Algunos tiros disparados con bala les hicieron tender su pesado vuelo; pero volvieron al fuego y se cernieron largo rato sobre nuestras cabezas, sin que las alcanzasen las balas, como si nos dijeran: “Nada podeis, porque somos las águilas de Dios.”

Entonces reconocí que la imaginación poética me había revelado las águilas de Tiro, ménos verdaderas, ménos bellas y ménos sobrenaturales todavía de lo que eran en realidad, y que hay en las *mens divinator* de los poetas, aun los mas oscuros, algo de aquel instinto adivinador y profético que dice la verdad sin saberla.

Llegamos á medio dia, despues de una caminata de siete horas, en medio de la llanura de Tiro, á un sitio llamado los Pozos de Salomon.—Todos los viajeros los han descrito:—son tres depósitos de agua límpida y corriente que sale, como por encantamiento, de un terreno bajo, seco y árido á dos millas de Tiro; todos aquellos depósitos, elevados artificialmente á cosa de unos veinte piés sobre el nivel del llano, están llenos hasta los bordes y rebosan sin cesar: la corriente de las aguas mueve ruedas de molinos:—las aguas van á Tiro por acueductos medio antiguos, medio modernos, de bellísimo efecto en el horizonte.—Es fama que Salomon hizo construir estos tres pozos para recompensar á Tiro y á su rey Hiram, por los servicios que había recibido de su marina y de sus artífices para la construcción del templo.

Hiram había llevado los mármoles y los cedros del Líbano. Esos inmensos pozos tienen cada uno por lo ménos de sesenta á ochenta piés de circuito; no se conoce su profundidad, y uno de ellos no tiene fondo: nadie ha podido nunca saber por

qué misterioso conducto les llega el agua de las montañas: se hace muy creíble, examinándolos bien, que son unos vastos pozos artesianos, inventados mucho ántes de su reinvencción por los modernos.

Partida de los pozos de Salomon á las cinco;—caminata de dos horas por la llanura de Tiro;—llegada al pié de una alta montaña tajada sobre el mar y que forma el cabo ó Razel-Abiad; la luna se alzaba encima de la negra cumbre del Líbano, á nuestra izquierda, y no á bastante altura todavía para iluminar sus vertientes: su luz caía dejándonos en sombra, sobre inmensos peñones blancos donde se refractaba como una llama sobre mármol:—aquellos peñones, caídos hasta en medio de las olas, rompían su brillante espuma que casi saltaba hasta donde estábamos nosotros; el sordo y alternado rumor de la marejada estrellándose en el cabo resonaba solo, y sacudía á cada embate la estrecha cornisa por donde andábamos suspendidos sobre el precipicio; á lo lejos, el mar brillaba como una inmensa sábana de plata, y de trecho en trecho algun sombrío cabo se avanzaba en su seno ó alguna profunda caverna penetraba en las desgarradas faldas de la montaña; la llanura de Tiro se estendía á nuestras espaldas; todavía la distinguíamos confusamente por las franjas de arena amarilla y dorada que dibujaban sus contornos entre el mar y la tierra; la sombra de Tiro se veía en la es-

tremidad de un promontorio, y la casualidad sola, sin duda, habia encendido una claridad en sus ruinas, que de lejos hubiera podido tomarse por un faro;—pero era el faro de su soledad y de su desamparo, que no guiaba á ninguna nave, que no iluminaba mas que nuestros ojos y solo atraia una mirada de compasion sobre unas ruinas. Aquel camino sobre el precipicio, con todos los accidentes variados, sublimes, solemnes, de la noche, de la luna, del mar y de los abismos, duró todavía cosa de una hora,—una de las horas mas hondamente impresas en mi memoria que Dios me ha permitido contemplar en su tierra! Sublime puerta para entrar al dia siguiente en el suelo de los milagros! En esa tierra del testimonio, toda estampada aún con las huellas de la antiguo y del nuevo comercio ente Dios y el hombre!

Cuando bajamos de la cima de aquel cabo, tuvimos la misma perspectiva que nos habia pasmado al subir; precipicios igualmente profundos, tan sonoros, tan espumantes, tan sembrados de anchas quebraduras de la roca viva y blanca, se abrian bajo nuestros piés y bajo nuestras miradas; la marejada se estrellaba en las peñas con el mismo estruendo que nos acompañó en toda la longitud de la tempestussa costa de Siria, como la llaman las antiguas poesías hebráicas; la luna, mas elevada en el cielo, iluminaba mas aquella escena juntamente tumultuosa y solitaria, y la espaciosa llanura de To-

lemaida se abria delante de nosotros; eran las nueve de la noche, en el mes de Octubre; nuestros caballos, rendidos de una caminata de trece horas, apoyaban lentamente sus ferrados cascos en las puntiagudas y relucientes rocas que forman los únicos caminos en Siria, irregulares gradas de piedra, en que no se atreveria á aventurarse ninguna caballería en Europa; nosotros mismos, abrumados de cansancio y enagenados sobre todo por la grandeza del espectáculo y de los recuerdos que se habian agolpado á nuestra mente todo aquel dia, caminábamos silenciosamente á pié, llevando del freno nuestros caballos, y echando una mirada, ya sobre aquel mar que tendríamos que atravesar para volver á ver nuestros propios rios y nuestras propias montañas; ya sobre la cima negra, larga y sin ondulacion del monte Carmelo, que empezaba á destacarse en los últimos límites del horizonte.

Llegamos a una especie de kan, es decir, a una casa medio destruida, donde un pobre árabe cultivaba algunas higueras y calabazas silvestres entre las grietas de las peñas, junto a una fuente; el kan estaba ocupado por unos camelleros de Naplusa, que acarreaban trigo a Siria para el ejército de Ibrahim; la fuente estaba agotada por los calores del otoño, pero sin embargo plantamos nuestras tiendas en un terreno cubierto de guijas redondas y movedizas; atamos nuestros caballos a la estaca, y bebimos, con parsimonia, algunas gotas de agua

fresca que quedaba en nuestras jarras de los pozos de Salomon. -- Desde que se pasa la llanura de Tiro y las últimas vertientes de las montañas, el agua empieza a escasear; las fuentes están a cinco ó seis horas de distancia unas de otras, y muchas veces, cuando se llega a ellas, no se halla, en el cauce del manantial, mas que un légamo seco y ardiente que conserva la estampa de las pisadas de los camellos y de las cabras que se han abrevado en él últimamente.

El 11 levantamos las tiendas al resplandor de mil estrellas que se reflejaban en las olas estendidas a nuestros piés; bajamos por espacio de una hora las últimas colinas que forman el cabo Blanco ó Bar-el-Abiad; y entramos en la llanura de Acre, la antigua Tolemaida.

El sitio de Acre, por Ibrahim-bajá, habia reducido recientemente la ciudad á un monton de escombros, bajo los cuales de diez á doce mil muertos estaban enterrados con millares de camellos. Ibrahim, vencedor, é impaciente por poner su importante conquista á cubierto de una reaccion de la fortuna, se ocupaba en levantar los muros y la ciudad de Acre:—todos los dias se desenterraban de entre aquellos escombros centenares de muertos medio consumidos; las exhalaciones pútridas, los cadáveres apiñados, habian corrompido el aire de toda la llanura, pasamos lo mas léjos posible de

aquellas ruinas, y fuimos á hacer alto á medio dia, en la aldea árabe de las aguas de Acre, bajo un huerto de granados, higueras y moreras, y cerca de los molinos del Bajá; á las cinco nos volvimos á poner en camino para ir á acamparnos en un bosque de olivos, en las cimas de las primeras colinas de Galilea.

El 12 proseguimos nuestro viage al primer albor del dia; cruzamos primero una colina plantada de olivos y de encinas, derramadas en grupos y podadas por el diente roedor de las cabras y de los camellos. Cuando llegamos a la espalda de aquella colina, la Tierra Santa, la tierra de Canaan, apareció toda entera delante de nosotros: la impresion fué grande, agradable y profunda; no era lo que veíamos esa tierra pelada, pedregosa, estéril, esa colmena de montes bajos y descarnados que nos pintan como la tierra de promision sobre la palabra de algunos escritores preocupados ó de algunos viajeros impacientes por llegar y escribir, que no han visto, de los inmensos y variados dominios de las doce tribus, mas que el sendero de roca que conduce, de sol a sol, de Jafá a Jerusalem;—engañado por ellos, yo no esperaba mas que lo que describen, es decir, un pais sin estension, sin horizonte, sin valles, sin llanuras, sin árboles y sin agua;—tierra combada por algunos cerros grises ó blancos donde el árabe ladrón se esconde en la sombra de algunas barrancas para despojar al

pasajero; — tal es, acaso, el camino de Jerusalem á Jafa; — pero he aquí la Judea, tal cual la hemos visto, el primer día, desde lo alto de las colinas que limitan la llanura de Tolemaida; tal cual luego la hemos hallado del otro lado de las colinas de Zabulon, de las de Nazaret, y del pié del Monte-el-Rocio-del-Hermon, ó del monte Carmelo; tal cual la hemos recorrido en toda su longitud y en toda su variedad; desde las alturas que señorean à Tiro y Sidon, hasta el lago de Tiberiades, y desde el monte Tabor hasta las montañas de Samaria y de Naplusa, y desde allí hasta las murallas de Sion.

Aquí ante todas cosas vemos la llanura de Zabulon, estamos colocados entre dos ligeras ondulaciones de tierra, dignas apénas del nombre de colinas; el hueco que dejan entre sí estendiéndose delante de nosotros, forma el sendero por donde caminamos; este sendero está trazado por las pisadas de los camellos que apelmasan su polvo hace cuatro mil años, y por los anchos y profundos agujeros que el peso de sus piés, siempre asentados en el mismo punto, ha abierto en una roca blanca y quebradiza, siempre la misma desde el cabo de Tiro hasta las arenas del desierto Líbico. A derecha é izquierda, las redondas laderas de las dos colinas están sembradas aquí y allí, de veinte en veinte pasos, por especillos de variados arbustos que nunca pierden sus hojas; à una distancia algo mayor, se alzan árboles de nudoso tronco, nervu-

idas y entrelazadas ramas, follage inmóvil y sombrío; casi todos son encinas de una especie particular, cuyo tronco es mas airoso y ligero que el de las encinas de Europa, y cuyas hojas, aterciopeladas y redondas, no tienen los dientecillos de la hoja de la encina comun; el algarrobo, el terebinto, y mas rara vez el plátano y el sicomoro, completan la vestidura de aquellas colinas: no conozco los otros árboles por sus nombres; algunos tienen la hoja de los abetos y de los cedros; otros, y estos son los mas hermosos, parecen inmensos sauces por el color de su corteza, la gracia de su follage, el decia matiz amarillento de aquel follage; pero los esceden sobre toda proporción en estension, corpulencia y altura.—Las mas numerosas caravanas pueden encontrarse al rededor de su tronco colosal, y acamparse juntas, con sus bagajes y sus camellos, bajo su sombra; en los anchos y frecuentes espacios que dejan en claro esos diversos árboles en las faldas de las colinas, bancos de rocas blanquecinas, y mas comunmente de un color gris azulado, sajan la tierra y se muestran al sol, como los vigorosos músculos de una fuerte armazon humana, que se articulan mas salientes en la vejez, y parecen prócsimos á rasgar la piel que los cubre: —pero entre aquellos bancos ó aquellos pedazos de peña, una tierra negra, ligera y profunda, vegeta sin cesar y produciria continuamente trigo, cebada y maiz por poco que se le labrase, como produce

selvas de espinosos brezos, de granados silvestres, de rosas de jericó y enormes cardos cuyo tallo se eleva á la altura de la cabeza del camello. Una vez descrita una de estas colinas, el lector puede hacer cuenta que las conoce todas, salvo las formas; y la imaginacion puede presentarse su efecto, á medida que las ve citadas en el paisaje de la Tierra Santa. Caminábamos, pues, entre dos de aquellas colinas, y empezábamos á bajar ligeramente dejando el mar y la llanura de Tolemaida a nuestra espalda, cuando vimos la primera llanura de la tierra de Canaan, que era la llanura de Zabulon, el jardin de la tribu de este nombre.

A derecha é izquierda, delante de nosotros, los dos collados que acabábamos de atravesar se separaban graciosamente, formando curvas semejantes, parecidas a dos olas moribundas que se confunden suavemente y se abren con armónico movimiento delante de la proa de un buque; el espacio que dejan entre sí, y que iba ensanchándose por grados, éra como una ensenada poco profunda que introducía la llanura entre las montañas; aquella ensenada ó aquel golfo de tierra lisa y fértil, formaba pronto un valle mas ancho, y en el punto donde las dos colinas que le rodeaban todavía remataban enteramente, aquel valle se perdía en un llano ligeramente ovalado, cuyas dos agudas estremidades se internaban bajo la sombra de otras dos hileras de colinas. Aquella llanura puede tener, á

lo que parece a ojo, cosa de legua y media de anchura, sobre una longitud de tres a cuatro leguas. Desde la altura en que estábamos colocados, en el desembocadero de las colinas de Acre, nuestras miradas bajaban a ella naturalmente, seguian involuntariamente sus flexibles sinuosidades, y penetraban con ella hasta en las mas angostas ensenadas que formaba, deslizándose entre las raices de las montañas que la limitan. A la izquierda, las altas cimas doradas y cinceladas del Líbano lanzaban airosa y atrevidamente sus pirámides en el sombrío azul de un cielo matinal; a la derecha, la colina en que estábamos se alzaba insensiblemente, alejándose de nosotros, y yendo como a anudarse con otros collados, formaba diversos grupos de elevaciones, unas áridas, otras cubiertas de olivos é higueras, y sosteniendo en su cima una aldea turca, cuyo blanco minarete contrastaba con la sombría columnata de cipreses que rodea casi siempre la mezquita; pero enfrente, el horizonte que limitaba la llanura de Zabulon, y que se extendía delante de nosotros en un espacio de tres a cuatro leguas, formaba una perspectiva de colinas, de montañas, de valles, de cielo, de luz, de vapores y de sombra, dispuestos con tal armonía de colores y de líneas, colocados en tan bello orden, enlazados con tan graciosa simetría, y variados por efectos tan diversos, que mi vista no acertaba a desprenderse de ellos, y que, no hallando nada en

mis recuerdos de los Alpes, de la Italia, ó de Grecia, a que poder comparar aquel mágico conjunto, exclamé: "Eso es el Puzino ó Claudio de Lorena."

Nada en efecto puede igualar la grandiosa suavidad de ese horizonte de Canaan, sino el pincel de los dos pintores á quienes el genio divino de la naturaleza reveló su hermosura. No se hallará ese concierto de lo grande y de lo bello, de lo fuerte y de lo gracioso, de lo pintoresco y de lo fértil, mas que en los países imaginados de aquellos dos grandes hombres, ó en la inimitable naturaleza del hermosísimo país que teníamos delante, y que la misma mano del Gran pintor supremo dibujo é iluminó para que fuese morada de un pueblo todavía pastor y todavía inocente. Primeramente, al pié de las montañas, y á cosa de media legua en la llanura, una loma, enteramente desprendida de todos los collados circunvecinos, salía, por decirlo así, de la tierra, como un pedestal natural, destinado únicamente por la naturaleza á sostener una ciudad fortificada. Sus laderas se alzaban casi perpendicularmente desde el nivel del llano hasta la cima de esa especie de altar de tierra; se parecían esactamente á las murallas de una plaza de guerra, trazadas y levantadas por mano de los hombres.

La misma cima, en vez de ser desigual y comba, como todas las cimas de colinas ó de montañas, estaba nivelada como para servir de asiento á

algo de que debía coronarse cuando llegase el pueblo para cuya morada estaba destinada. En todas las encantadoras llanuras del país de Canaan, he visto, luego, esas mismas lomas en forma de altas cuadrangulares ú-oblongos, evidentemente destinados á proteger las primeras moradas de una nación tímida y débil, y su destino está tan bien escrito en su forma aislada y estraña, que su mole sola impide engañarse y creer que fueron fabricadas por el pueblo que las cubrió con sus ciudades.—¿Pero una nación tan reducida hubiera podido nunca levantar tantas ciudadelas de tierra tan enormes, que las armas de Jerjes no hubieran bastado á formar una sola? A cualquiera fé á que se pertenezca, es preciso ser ciego para no reconocer un destino especial y providencial ó natural en esas fortalezas elevadas á la embocadura y en el remate de casi todas las llanuras de la Galilea y de la Judea. Detras de aquella loma, donde la imaginacion reconstruye sin dificultad una ciudad antigua con sus murallas, sus bastiones y sus torres, las primeras colinas subian gradualmente de la llanura ostentando, como manchas grises y negras en sus laderas, bosques de olivos ó de encinas.

Entre aquellas colinas y unas montañas mas altas y sombrías á que servian de bases, y que las señoreaban magestuosamente, algun torrente se derrumbaba sin duda, ó algun profundo lago se evaporaba á los primeros ardores del sol de la ma-

ñana, porque un vapor blanco y azulado se extendía en aquel espacio vacío, y velaba ligeramete, y como para hacerle parecer mas distante, el segundo término de montañas, bajo aquella trasparente cortina que rasgaban de trecho en trecho algunas madejas de rayos de la aurora. Mas léjos y mas arriba aún, una tercera cordillera de montañas, enteramente sombría, subía en grupos redondeados y desiguales, y daba a aquel suave paisaje aquella tinta de magestad, de fuerza y de gravedad que debe hallarse en todo lo que es bello como elemento ó como contraste. De distancia en distancia, aquella tercera cordillera estaba cortada, y dejaba huir el horizonte y la mirada sobre una vasta lontananza de un cielo plateado, salpicado de algunas nubecillas ligeramete rosadas; en fin, detras de aquel magnífico anfiteatro, dos ó tres cumbrés del lejano Líbano se alzaban como promontorios avanzados en el cielo, y como eran las primeras que recibían la luminosa lluvia de los primeros rayos del sol suspendido encima de ellas, parecían a tal punto transparentes, que se creía ver al-tras-luz temblar la claridad del cielo que nos ocultaban.

Añádase á este espectáculo la serena y caliente bóveda del firmamento, y el color límpido de la luz y la firmeza de las sombras que caracteriza una atmósfera de Asia; colóquese en la llanura un kan, ó inmensas filas de vacas rojas, de camellos blancos, de cabras negras, que van con lentos pasos a

buscar una agua rara, pero tersa y sabrosa; representémonos algunos ginetes árabes en sus ligeros corceles cruzando la llanura resplandecientes con sus armas plateadas y sus vestidos de escarlata; algunas mugeres de las aldeas vecinas vestidas con sus largas túnicas de color azul celeste, de un ancho cinturon blanco cuyas puntas les arrastran, y de un turbante azul adornado con randas de zequies de Venecia ensartados; añadamos aquí y allí en las faldas de las colinas algunas aldehuelas turcas y árabes, cuyas paredes, del color de las peñas, y las casas sin tejados, se confunden con los peñascos de la colina misma; representémonos algunas nubes de humo azulado alzándose de trecho en trecho entre los olivos y los cipreses, que rodean aquellas aldeas; algunas piedras, en forma de dornajos (sepulturas de los patriarcas), algunos pedazos de columnas de granito, algunos capiteles esculpídos al rededor de las fuentes, y tendremos la pintura mas esacta y mas fiel de la deliciosa llanura de Zabulon, de la de Nazaret, de la de Sáfora, y de la del Tabor.

Un pais como este, poblado por una nacion nueva y judia, cultivado y regado por manos inteligentes, fecundado por un sol del trópico, y que produce espontáneamente todas las plantas necesarias ó deliciosas para el hombre, desde la caña de azúcar y la banana hasta la viña y la espiga